

El secreto del río Segre

En la ciudad de La Seu d’Urgell, entre montañas verdes y calles de piedra, vivía una niña de seis años llamada Bruna.

Bruna tenía el pelo castaño, rizado cuando se levantaba por la mañana, y unos ojos muy curiosos. Siempre llevaba una mochila pequeña de color amarillo. En su interior guardaba cosas muy importantes: un cuaderno, tres lápices de colores, una lupa pequeña y una piedra redonda que había encontrado un día paseando por el río Segre.

A Bruna le gustaba mucho observar. Miraba a las hormigas que caminaban en fila, las nubes que pasaban lentamente por el cielo y los pájaros que volaban por encima de los tejados.

También le gustaban los libros.

Pero había algo curioso que le ocurría.

Cuando Bruna abría un libro, a veces las letras hacían cosas extrañas. Algunas parecían girarse. Algunas cambiaban de sitio. Y algunas, si Bruna las miraba demasiado rato, parecía que empezaran a bailar.

Su maestra le había contado con una sonrisa:

—Bruna, tienes dislexia y por eso leer y escribir puede costarte más. Con apoyo y práctica iremos encontrando maneras de ayudarte.

Bruna lo pensó un momento.

—¡Ah! ¡Por eso hacen tonterías! —dijo.

La maestra se rió.

—Eso no cambia lo inteligente que eres. Además, he visto lo bien que observas detalles, imaginas historias y resuelves misterios.

Y Bruna sabía que esto era verdad.

Un sábado por la mañana el sol brillaba sobre las montañas que rodean La Seu d’Urgell. El aire era fresco y el río hacía ese ruido suave que tanto le gustaba.

Bruna se puso la mochila de exploradora y salió a pasear.

Caminó por las calles de piedra. Unas palomas saltaban por la plaza buscando migas de pan. Las campanas de la Catedral de Santa María de Urgell sonaron: dong… dong…

Bruna siempre pensaba que aquella catedral parecía un castillo antiguo.

Luego siguió caminando hasta llegar al río.

El Segre corría tranquilo.

Chip-chap… chip-chap…

Bruna se sentó sobre una piedra grande y sacó su lupa para mirar unas huellas de pájaro.

De repente oyó un ruido.

—Meee…

Bruna levantó la cabeza.

Detrás de un arbusto había una pequeña cabrita. Tenía las orejas algo caídas y parecía asustada.

—Hola —dijo Bruna con voz suave—. ¿Te has perdido?

La cabrita volvió a hacer:

—Meee…

Bruna miró alrededor. No había ningún rebaño.

Un poco más allá había un cartel de madera con una flecha.

Bruna se acercó a él para leerlo.

Arrugó un poco la frente.

Las letras empezaron a moverse un poco, como de costumbre.

—Hmm… —dijo Bruna.

Intentó leer muy despacio.

—“Camino… del… bos… de… la… ca…bre…”

O tal vez decía otra cosa.

Bruna se rió.

—Hoy las letras vuelven a hacer su danza.

Pensó un momento. Luego dijo:

—No ocurre nada. Lo descubriremos de otra forma.

Sacó su lupa y miró al suelo con mucha atención.

Y entonces lo vio.

Huellas pequeñas en el barro.

Una rama rota.

Y algo de pelo blanco pegado a unas hojas.

—¡Eso sí lo entiendo! —dijo contenta.

Bruna y la cabrita empezaron a caminar siguiendo las pistas.

El caminito pasaba entre árboles. El viento hacía mover las hojas. A veces se escuchaba algún pájaro.

La cabrita caminaba detrás de Bruna.

De repente, desde lo alto de una colina, se sintió:

—¡Meeeeeeee!

La pequeña cabrita levantó la cabeza y empezó a correr.

Bruna subió la colina detrás suyo.

Al otro lado, había un prado verde con un rebaño de cabras y un pastor con sombrero.

La cabrita corrió hasta su madre.

—¡Mira quién ha vuelto! —dijo el pastor sorprendido.

—Creo que se había perdido —explicó Bruna.

El pastor sonrió.

—Esta pequeña es muy traviesa. Gracias por ayudarla a volver.

Bruna dijo:

—He seguido las pistas.

—Tienes ojos de exploradora —dijo el pastor.

Antes de marcharse, el pastor le dio una campanilla pequeña.

—Para la mejor detective de cabras de la Seu.

Bruna la guardó en la mochila.

Cuando volvía a casa, el sol empezaba a bajar detrás de las montañas. Las calles de La Seu d’Urgell estaban tranquilas.

Bruna miró otro cartel.

Las letras todavía se movían un poco.

Pero Bruna ya no se enfadaba.

Porque sabía algo muy importante.

Quizá leer le costaba un poco más.

Pero su cerebro era muy bueno observando, imaginando y descubriendo misterios.

Y esto también era un talento muy grande.

Aquella noche, antes de acostarse, Bruna abrió su cuaderno.

Con mucha calma escribió:

«Hoy he encontrado una cabrita perdida.»

Las letras no quedaron perfectas.

Pero la historia sí.

Y mientras la campanilla hacía clinco-clinco en la mochila, Bruna pensó que quizás al día siguiente habría otro misterio en el río Segre.

Y si ocurría…

La detective Bruna seguro que lo descubriría.

Cuento contado, cuento terminado.